



► 1 Octubre, 2017



Miguel Claverías ataca un lienzo en el estudio de su casa de Txurdinaga, entre pinceles, óleos y un tenue olor a disolvente. :: FOTOS: SERGIO GARCÍA

«Soy un gitano exótico, me conocen por pintar y no por bailar flamenco»

SERGIO GARCÍA



Miguel Claverías es yerno del Tío Dimas, el último patriarca de Bilbao. Sin laringe desde hace 36 años, habla a través de sus óleos de los anhelos de un pueblo «bajo sospecha»

BILBAO. A Miguel Claverías Amaya los dedos manchados de pintura le delatan, lo mismo que el olor a aguarrás, el batin verde; la casa y la lonja atestadas de lienzos. Una bombilla pelada cuelga sobre el caballete, la luz macilenta, un apaño para salir del paso las noches de insomnio, cuando la cabeza le bulle de ideas y la única manera de ponerlas en orden es abandonar el lecho y meterse en faena. Pinta con todos los sentidos y desde el corazón, «que es la única manera de hacerlo. ¿Se imagina a un torero sin sentimiento? ¿a un cantaor? Pues esto tampoco», dice.

Bueno, realmente, lo dice su mujer. Porque a Miguel, la enfermedad que se niega a nombrar le devoró la garganta cuando todavía era joven, obligando a los médicos a hacerle una laringectomía que convirtió su voz en un fuelle de ecos metálicos. «Me

arruinó la vida», traduce su hija Tamara, haciendo que asomen las lágrimas al rostro de Purificación, madre y esposa, que protesta: «La hizo distinta, na'más». Pura Jiménez Jiménez, más que dos apellidos, una declaración de intenciones. Gitanos de pura cepa—ella es hija del Tío Dimas, el último patriarca—, tan bilbainos como el txikito, el bollo con mantequilla o el pil-pil. El nació en Mondragón casi por error, pero su infancia y adolescencia transcurrieron en Los Caños, Otxarkoaga, Txurdinaga... Marido y mujer se prometieron con 16 años: «Ojo, por amor, nada concertado».

La vida erante de sus padres le impidió estudiar, ni siquiera dibujo. Pinta desde los 12 años, «lo mío es todo autodidacta». Y eso que Cáritas le ofreció una beca para estudiar pintura en Roma, «pero para entonces yo ya tenía 5 hijos y no le dejé», zanja Pura. Y había talento: seis meses después de aprender a mezclar los colores ya organizaba su primera exposición... ¡en la Gran Vía! A esta le seguirían otras citas en Bilbao, San Sebastián, Logroño, Santander, Vitoria, Pamplona... «Nos ganábamos la vida con la pintura, salió incluso en la Enciclopedia Vasca», relata con orgullo su mujer. Hasta que la enfermedad le obligó a cambiar el caballete por la furgoneta. Vuelta al mercadillo y a la chatarra, a la vida del chamarilero, mientras su mujer hacía cestos de mimbre y traía hijos al mundo. Nada menos que nueve, «ninguno alcohólico, ninguno drogadicto... todos buena gente», apostilla esta madre antes



Pura posa en Otxarkoaga con un cuadro del mercadillo 40 años atrás.

AL DETALLE

► ¿Quién es? Miguel Claverías Amaya, 74 años. Nació en Mondragón, pero ha repartido su vida entre Los Caños, Otxarkoaga y Txurdinaga. Pintor autodidacta desde la década de los 70, ha expuestos por todo Euskadi, Cantabria y La Rioja. Tiene 9 hijos, 27 nietos y 19 biznietos. «¡Menudos partidos echamos!»

Orígenes

Carromatos, mercadillos, churumbeles que juegan desnudos y mujeres que lavan en el río... el pasado está presente en su obra

de que le pregunten nada por aquello de dejar las cosas claras. «Es que cuando eres gitano llevas la sospecha escrita en la frente», brama.

Goya y el Impresionismo

Miguel se confiesa admirador de Goya y el Impresionismo. No cuesta reconocer ambas influencias—más bien una sola—en sus lienzos, que remiten a la época de los tapices, del manto del pelele o la gallinita ciega; cuadros costumbristas habitados por gitanos que bailan a la luz de las hogueras, mujeres que lavan la ropa a la orilla del río, churumbeles que corretean desnudos por las choperas, caravanas de carromatos bajo cielos magenta que presagian no se sabe muy bien, si temporales o plagas. De rojos y amarillos potentes; colores primarios, vivos. También el gris, «que es el color del txirimiri», apostilla. Pinta al campo, los caseríos, al mar, a la ría... Eso sí, no hay fábricas ni minas. Nada que enturbie su ideal de belleza; de trazo grueso, a veces un puro grumo, la pintura que funde en la distancia hasta rezumar armonía. Paisajes con zagalas que lucen ramos de flores y cestos preñados de uvas donde se adivina la mirada de Purificación. Desnudos de ojos desparejos, desprovistos de adornos... como salidos del taller de Modigliani.

«Mis cuadros surgen como se canta o se toca la guitarra, desde el corazón. Yo he orientado mi pasión a la pintura, que es por lo que me conocen, no por bailar flamenco. Y nunca, nunca me han faltado al respeto, quizá porque era el exótico, simbolizaba lo atractivo». Vuelca su arte en su raza, por el mismo motivo por el que su mujer y su hija dirigen los destinos de la Asociación de Mujeres Gitanas de Euskadi (AMUGE), que lucha contra los estereotipos, la intolerancia, la violencia de género y busca para los chavales salidas profesionales y estudios, «porque son el futuro».

A Miguel no le gusta la pintura moderna, la abstracción: «no la entiendo ni me llega al corazón». Prefiere los bailes a la luz de la luna, las reatas de burros dibujando el perfil de los caminos, los bodegones... Purificación recoge de la mesa uno de sus cuadros, el mercadillo de Otxarkoaga, cuando el barrio no tenía nada que ver con los bloques que ahora se suceden en terrazas orientados a Monte Avril y ella vestía de rojo, vendía sábanas y toallas, y paseaba cogida del brazo de Miguel, todo «chulo» con su americana de pata de gallo. Errante, pero menos.